



CARAS BONITAS

SUMARIO

- CESAR JALON
Sección vermouth.
- C. GONZALEZ
¡Galante.
- JOSE VIANA COLERA
«La otra «ella».
- AGUSTIN GARCIA CARRASCO
Almas niñas: El primer beso.
- E. LOPEZ BUSTAMANTE
El fantasma.
- ADOLFO LLUCH
Cartas para ella.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
¡Pobrecitos hombres!
- J. SPOTTORNO Y TOPETE
¡Se baña Lili.
- TINO, C., BÉTICO, M. GAR-
RRIDO, CARLOS, MORALES,
GE-COR y CHER.
Varios dibujos y retrato de
Asunción La Madrid.



ASUNCIÓN LA MADRID

¡Linda bailarina que ha realizado una brillante actuación
Biblioteca Regional de Madrid
en el teatro Romea.

5 céntimos



Para "Rosario" ... y para todos.

No sé si fué Nietzsche, Máximo Gorki ó Juan Belmonte, para el caso es igual, porque los dos primeros discurren bastante bien, y el tercero lee, según dicen, aunque no diga cómo lo lee, cuanto esos ciudadanos novelistas escriben; no sé cuál de ellos fué, pero, indudablemente, uno de los tres dijo: «que, en la vida, unos nacemos para yunques, y otros, para martillos».

UN RECADO EN TONTO



TINO.

El botones.—Me ha dicho don Senén que esta tarde no puede ser.

Ella.—Toma, si no me dices más, que espere ya, lo sabía yo!

Yo, por ejemplo, he debido nacer para yunque. Recuerdo que, no hace mucho, me echaron de una partida de tute por el grave delito de que se me olvidaba cantar las cuarenta y por el no menos condenable de dejarme ganar bonitamente el dinero. Es decir, que los amables puntos, además de guardarse mi moneda, gustaban de prenderme con acritud, y no me pegaban por un resto de compasión, por mí muy agradecida, ¡qué diantre!...

Creí más de una vez que lo que excitaba tan de continuo la irascibilidad de los maestros jugadores era, sin duda, que mientras ellos querían duros de la República, yo, ¡pecador de mí!, los llevaba para nunca más volverlos á llevar; eso, sí; pero con el busto del «niño»...

Y porque lo creí así, me dispuse á cambiar, mediante la comisión que se me exigiese, mis duros por otros, no ya de la República, sino con el busto de Alejandro Lerroux y con permiso de la República—que tal vez no lo concediese—, cuando uno de los contertulios, que aún vive—todos ellos están aún por fortuna en el mundo de los vivos—, me hizo observar la verdadera tía Javiera del asunto.

—Le reñimos á usted—me dijo casi paternalmente—porque pierde. Es una estupidez perder; créame. Y porque, como ya lo dice el refrán, «tras de marido, apaleao».

Comprendí entonces que me había correspondido «en la vida el papel de yunque». Y me quedé de piedra.

Mas he aquí cómo la experiencia transforma á los hombres. (Pueden tomar nota, si les place, de este pensamiento Belmonte, Nietzsche y Máximo Gorki.)

Una linda señorita acaba de mandarme con su retrato dos líneas, que al

pie de la letra dicen: «Necesito á usted para trabajo fácil.—Rosario.»

Lo probable—¡qué lo probable!: lo seguro—es que Rosario sea, como el trabajo, fácil también, y ahora soy yo el que tira de refrán, para, de un que, convertirme en martillo.

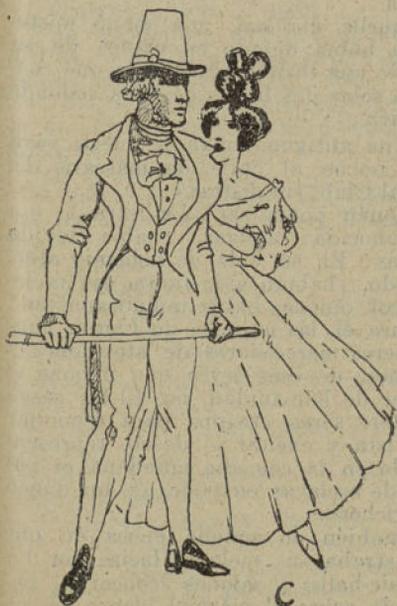
¿Conque usted quiere emplearme en trabajo fácil? Pues págume usted más que bien, y adelanteme algo. Si un adagio dice que «tras de marido, apaleao», otro afirma que «tras de «fácil» pon la cama».

Y yo no voy á su casa, mi buena amiga, sin que la alfombra usted—si no lo está—y sin que ponga usted sobre 'a cama muebles nuevos ó, por lo menos, poco usados—si tampoco lo están.

Y para que vea usted mi erudición en refranes y proverbios, no quiero despedirme sin colocar el tercero: el de que «perdiendo se aprende»...

CÉSAR JALON.

DE ÉPOCA



Esperamos que, después del baile de LA HOJA DE PARRA, todo el mundo usará estos trajes para andar por fuera de casa. Y va á ser un baile de los que «hacen época».

LOS TÍMIDOS



El.—Ese hombre se dirige aquí...
Ella.—¿Y qué? ¿Te da miedo?
El.—No, no; pero creo que me va á dar...

GALANTE

Decid, bella señora: ¿pasó por vuestra vida de amores, que olvidasteis, un corazón bello?
[rídon]

No finjáis ignorar, mi señora querida, que mía era la prenda y vos la habéis perdido.
[dido]

No recordáis el día en que á pedirle amores me llegué á su ventana trémulo de emoción?
—Probadlos—me dijisteis—, no fueran vanas flores.
[nas flores]

Y yo, para probarlos, os di mi corazón.
Nos no me disteis nada; me fingisteis cariñosos.
[ríño]

y á tan falsos amores yo opuse pasión loca...
Fui torpe, y el engaño lo sufrí como un niño; mas nunca imaginara que me hicierais reír.
[p. oche]

y olvidarais las veces que, al besarme en la boca,
[boca]

turbasteis el augusto silencio de la noche.

LA OTRA "ELLA,"

PIERROT y Colombina eran felices; como dos locos pajarillos correteaban, persiguiéndose, en incesante ir y venir por entre las parejas, empujándolas unas contra otras, y de-jiando acá una carcajada, allá un grito, do quiera una frase entrecortada, y, en todas partes, como esencia trans-

SECRETOS DEL TOCADOR



—¡Anda! Pues también los labios se ponen muy rojos con esto...

minadora, la mágica virtud de su alegría y de su amor.

El salón estaba deslumbrante: la claridad astral de los focos caía á plomo sobre la alborotada En Novela Regional de Madrid torupia en mil cambiantes reflejos so-

bre las ricamente engarzadas piedras, siendo luego repelida en haz de cambiantes reflejos de joya en joya, de cuerpo en cuerpo, alumbrando, ora un busto arrogante de circasiana, ora una cabeza artística tocada por un músculo antifaz que dejaba ver los labios rojos y húmedos, como dos guindas recién sacadas de la marmita, bien un severo personaje de leyenda, bien un grotesco clown que paseaba su ridícula cara fantasmal.

Allá se veía el reflejo de dos pupilas encendidas en el fondo de un negro antifaz de terciopelo, acechando con sus miradas al amigo generoso, al amante descuidado, al esposo libertino, posándolas un momento sobre un gallardo doncel que, con el disfraz de paje, buscaba á la castellana, á quien iba destinado el contenido de su escarcela ó al tenorio afortunado que corría en pos de una nueva aventura de amor.

En este círculo, que giraba sin cesar, presentando siempre un nuevo y variado aspecto, Rafael giraba también él era una aventura de dama capri-neriosamente, buscando lo que para chosa.

Aquella mañana, una mano misteriosa había dejado en manos de su criado una tarjeta perfumada que contenía solas dos líneas de letra redonda y clara.

«Una antigua amiga le ruega vaya esta noche al baile de máscara del Royal Club, sin disfraz.»

¿Quién podía ser? La letra le era desconocida: amigas, ¡había tenido tantas! En su vida de bohemio afortunado, ¡habían sido tantas las mujeres con quienes había tenido amistad!

Para él, las mujeres no fueron nunca seres merecedores de atenciones y cariños, de esas leyes que impone el deber de humanidad, no. El las creyó siempre seres creados para regocijar la vista y excitar el deseo, representando en la comedia mundana el papel de esclavas en poder de un dueño carichoso.

También en aquella época en que arrastraba sus melenas lacias por los «music-halls» y salones «concerts», poniendo sobre el mármol blanco de las mesas estériles la nota triste de su cara flacucha y pálida, de su sombrero terminado y de su chalina incolora y mugrienta á lo Van Dick, caída como

dos lágrimas de sus ojos turbios é inexpressivos, fueron para él un rayo de inspiración pasajera, que se resolvía en un madrigal triste ó en una lamentación hambrienta.

Cuando pensaba en el cambio sufrido por su vida, gracias á la muerte de un olvidado tío de Ultramar, sintió que un brazo cogía el suyo, á tiempo que una voz fingida murmuraba á su oído:

—Rafael: sígueme.

Volvió la cabeza; á su lado tenía una máscara de dominó azul, que le clavaba con fiereza la aguda mirada de sus pupilas de fuego.

—¿Quién eres?—preguntó.

—Una amiga tuya. Ven.

Y tiraba de su brazo, arrastrándolo hacia la escalera. El se dejó llevar sin resistencia. ¡Estaba tan acostumbrado á tales aventuras!

En silencio cruzaron algunos pasillos alborotados. A su paso, de las puertas entreabiertas salían voces, risas, suspiros, besos... Eran los heraldos de la vida que anunciaban el triunfo de la Juventud.

La dama del dominó abrió una puerta, y entraron.

—Cierra—le dijo. Y cerró.

Una vez dentro, ella se despojó del disfraz, y quedó derecha ante Rafael, que se había sentado en el diván.

—¿No te quitas el antifaz?—preguntó él, viendo que hacía ademán de sentarse sin descubrirse.

—Si te empeñas...

Se volvió de espaldas. El, entretanto, descorchó una botella y llenó dos copas.

—¿Acabas?

—Sí; buenas noches.

Un ravo caído á los pies de Rafael no le hubiera causado más efecto que novella cara. Abrió los ojos desmesuradamente, y levantándose repentinamente:

—¡Tú!—pronunció con alterada voz.

—No me esperabas. ¿Verdad?—Y continuó sonriente:—¡Parece mentira! ¡Claro! ¡Después de tanto tiempo!... Pero, ya ves, no te engañas: yo soy Pilar, aquella á quien tú llamabas «tu Piluca»... ¿No te acuerdas?

¡No había de acordarse! ¡Granada! Aquellos días fueron los más felices de su vida de bohemia. Cuando los recordaba ahora, rodeado de com

des, convertido en un burgués de vida tranquila y monótona, sentía evidente del Rafael de entonces, le parecía que el viento mismo que le trajo el favor de la fortuna le había robado algo de su vida; quizá aquella zozobra que le hacía la existencia más gozada, ó sus noches de buho agorero, la nota más triste y más hermoso de su antiguo vivir, quizá aquel sombrero indefinible y aquella corbata desteñida que eran

DEL MAL, EL MENOS



—Bueno. Vamos; pero me da miedo sacar butaca por el que te toque al lado.

—Hombre, peor sería que me tocara en medio

como el «Inri» de su vida errante é irredenta, desgranando por los santuarios de la Bohemia, en caudal de rimas, las provocadoras visiones de su estómago hambriento.

También ahora echaba de menos á su «Piluca», á aquella mujercita paciente y sufridora, que en el cuchitril de su buhardilla pasaba también una vida triste y dolorosa, siempre entre mugrientas cuartillas y amontonados periódicos, aspirando el vaho infecto que se desprendía de las húmedas paredes, ayudándole á la composición de

LOS CORSÉS DE MODA



—¡Qué anchura! Vas á tener que comprar cuerpo ó vender corsé.

—Pues, ya ves, acabo de hacer todo lo contrario.

daciones, convertida por el cariño en Cenicienta, ella, que por su cuerpo y su cara podía ser la sultana despótica que trata á puntapiés á sus vasallos.

¡Todo perdido! ¡Cuántas veces, revolviéndose en su lecho, preso de la nostalgia, había renegado de sí mismo é intentado rebuscar aquellas ropas guardadas como reliquias de su pasado para ponérselas y lanzarse á la calle!

Una carcajada burlona le sacó del dédalo de sus recuerdos.

—¡Cómo te has quedado! Serénate, hombre, serénate y bebe—y le alargaba la copa—. Si lo comprendo; la sorpresa... De fijo creías que me había muerto de hambre; ¡como me abandonaste tan pobre!...

—Perdóname, «Piluca»...

—¡Calla!—le interrumpió ella, echando fuego por los ojos—. No me llames «Piluca». Llámame Pilar. «Piluca» fui en una fecha que aborrezco. Ahora soy Pilar; conque llámame así.

—Perdóname, Pilar—dijo Rafael, humillado por la mirada—. Fui un cobarde.

—¡Sólo cobarde? No: asesino, infame y... No sé porque no hallo palabras para insultarte.

Y luego, dándole la voz, siguió:

—Pero no he venido á eso. Rafael, el

bohémio, ha muerto para mí como murió para el mundo. Tú eres el otro Rafael: el rico, el poderoso, el de los coches y criados, el que hace fuerte de jugadas de Bolsa, el que tiene abono en el Real... Y á ese es al que busco.

—Y ¿qué me quieres?

—A ti te lo puedo contar. Desde que un canalla me abandonó en la miseria después de haberme deshonrado, comprendí que mi suerte estaba echada. En esta España, la mujer que cae y no tiene más bienes de fortuna que su cuerpo, se obliga á rodar de mano en mano, de acá para allá, como pelota en manos de chiquillo. ¡Qué diferencia de las otras! Caen, pero nadie se lo dice; son como nosotras, pero nadie las juzga. País que siente así, ¡cuán pobre es de sentimientos!

Así fui yo por el mundo, y ya ves que he subido mucho; casi estoy á tu altura, Rafael. Ya no soy la niña que se desterraba gustosa en el fondo de un agujero lleno de papelotes acumulados por un soñador insensato, no; ahora soy Pilar, la horizontal famosa que se vende muy cara, que hace pagar á peso de oro sus caricias—el callaba—, por la que se arruinan hombres de fama y de dinero. Por eso te busco: te brindo el placer. ¡Aceptas? Y apuré la copa de un sorbo.

Una hora después, por la calle de Alcalá, casi desierta, se deslizaba un coche al silencioso rodar de sus llantas.

Dentro, Rafael y Pilar, estrechamente abrazados, hablan de amor.

JOSÉ VIANA COLERA.

EN HONOR DEL NOMBRE



¡Vamos, «Leal», que eres demasiado leal!

ALMAS NIÑAS

EL PRIMER BESO

José Luis volvía de examinarse. En su triste rostro se notaba la desesperación que el «suspense» ponía en su alma, pues de aquellas oposiciones dependía el poderse casar con la que tanto amaba, y aquella enorme derrota, haciéndole sufrir, le anonadaba.

Subió a la casa de ella, de su Amelia, de aquella chiquilla rubia y blanca con ojos azules y boca de guinda, donde le esperaba para celebrar juntos el triunfo... Habían salido todos.

Cuando ponía la mano en el timbre se abrió la puerta, y en su marco apareció la figura gentil y frágil de su nena, como él la llamaba.

—¿Qué tal?—preguntó ella con ansia febril.

—¡Mal!—musitó, más que dijo José Luis, mientras con enorme desaliento dejaba sobre una silla su sombrero.

Estrecháronse las manos ambos en muda promesa, para darse alientos.

El lloraba silenciosamente, y al entrar en el gabinete, se dejó caer, derribándose sobre un sofá. Ella le miraba con apasionamiento y con tristeza... Empezó á consolarle con palabras cariñosas, que se ahogaban en su garganta antes de salir.

—Ten paciencia... Todo se arreglará... ¡Pepe, no llores!... por lo que más quieras... No quiero verte así.—Y con una sonrisa forzada que semejaba una mueca, le dijo al oído:

—Mira, que me enfado...—Calló la pobre, y enjugó con la rosada manecita una lágrima que pugnaba por escapar de sus ojos azules como el cielo en Abril.

—¡No te disgustes tú, mi vida!... Si sabes que te quiero siempre y de todos modos... ¡Por qué lloras así!... ¡No me hagas sufrir!... Otras oposiciones vendrán, y tú, que tanto me quieres, las ganarás... Yo te esperaré, y nos casaremos.—Y volvió á enjugar otra lágrima que, desprendida desde el lagrimal, mojaba el terciopelo de su rostro lindo.

Las últimas palabras sonaron en el

alma de Pepe Luis á cascabeles, y en un arranque de pasión y mientras la decía «¡Qué buena eres!... ¡Cuánto

LO QUE ELLAS PIENSAN



La señora.—¡Qué bien vestida va esa joven, Ramón! Si hubieses existido en mi tiempo esas modas, ¡cuánto dinero hubiese yo ganado!...

te quiero», besó por vez primera con santa unción aquel rostro divino, y sus lágrimas, lágrimas ahora de felicidad, corrieron juntas.

AGUSTÍN GARCIA CARRASCO.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Irujo, 1, Madrid.

EL FANTASMA

I

—Oye, tú: ¡quién es ese rubio tan raro que me han dicho llegó esta mañana á la posada de la tía Antonia?

—Naide lo sabe... I mía que es bien rumbozo er tío ese con sus treinta baúles i su criaio con galones. Parece ser de extranjis. A mí se me pone que debe ser inglés, porque desde llegao no ha hablao con naide ni ha hecho más que visitar er cementerio.

—A mí me ha dicho la Teoora que er criaio le contó que a su amo le gustaba metese de noche en los cementerios a platicá con los espíritus, i que

¡QUE CASUALIDAD!

TINO.



—Oye, Peque: ¿adónde vas tan sola?

—Eso me estaba yo preguntando a la tía Antonia.

de su pueblo lo echaron porque había violao la tumba de una jovencita enterrada en la tarde. I ya esto lo sabe too er pueblo, porque en sabiéndolo la Teoora...

—¡Mialo, ahí viene!...

—¡Calla! I es joven i apuesto el inglés.

II

Dos meses llevaba en el pueblo, i nadie sabía quién era ni de dónde venía. Apenas su nombre, Claudio, que bien podía ser supuesto, repetido por el criado que tomó en la estación de Valladolid i por la mucacha a quien le hacía la corte aquí en la aldea. Indudablemente, era extranjero, por sus ojos mui azules i emigmáticos i sus cabellos rubios mui enortijados. Nadie, sin embargo, hubiera podido asegurarlo, puesto que los pocos que hablaban con él decían se expresaba correctamente, sin acento extraño. Por lo demás, él siempre cortaba bruscamente cualquier intento indiscreto de averiguarle su vida, su origen. ¡Cuando la novia no había podido averiguarle jota!

La especie referida por el criado i esparcida por la Teodora era comentada por todo el pueblo como hecho verídico, i hasta sus oídos hubo de llegar el dicho, sin que le causara más efecto que una sonrisa indiferente, que nada asentía ni nada desmentía. I los curiosos que fueron a referírselo para ver de «sacarle algo» se quedaron á la luna de Valencia.

III

—Esta noche me abres la puerta.

—No.

—Sí.

—¡Nunca!

—Habré de irme entonces, si no me complaces.

—¿Acaso tú has complacido mis preguntas? Ni siquiera sé quién eres, i te propones ser mi amante.

—Habré de serlo, aunque para ello tenga que violarte. Cuando me propongo una cosa, he de hacerla; veras. Muerta, habrías de ser mía.

—Me das miedo. A veces creo que es verdad lo que de ti dicen por el pueblo.

—¿Qué dicen?

—De abriste una vez una tumba

PARIENTE ASCENDIDO



—¿Quién es aquel que viene?
 —El «pimo».
 —Sí, es el primo; pero llámale papá.

para violar una muerta, i por eso te echaron de tu pueblo.

—¡Bah!... ¡Ja, ja, ja!...
 —¡No te rías así, por Dios! Si yo supiera que eso es verdad, no me verías ni un instante más.
 —Bueno. Me abres la puerta.
 —No.
 —Sí.
 —¡Nunca!

IV

Era ella una provocativa aldeana, hermosa, robusta, casi bella, con rústica belleza, atrevida i vivaracha, sana, á pesar de haber padecido de niña violentos ataques nerviosos, que la hicieron pasar varias veces por muerta. La audacia del rubio «inglés» no la había convencido. Le gustaba aquel extranjero de cabello blanco i ojos de niña, que de tan misteriosa manera pasaba en el pueblo; pero criada en las prácticas campesinas, no se hubiera dado ni á un príncipe si antes el párroco de la ermita no les echara su bendición. El asedio del «inglés» era tremendo, incansable, inexorable; pero ¡nada! Ultimamente, la obate

asegurado él que haría una barbaridad.

V

La impresión había sido demasiado fuerte. Se había quedado ella sola a cuidar la casucha mientras los padres fueron casa del arrendatario a pagarle los diezmos. Hubo de verlos salir él, i después de insistir en vano que le abriera, resolvió forzar la puerta. Angustiada, gritó cuanto pudo. Sin embargo, él entró. Corrió á ella, que estaba lívida, i la agarró por los brazos, i la tiró contra unos haces de paja; pero sintió que venían los vecinos, i tuvo que huir por la puertecilla del campo. Nadie le vió...

La encontraron fría, lívida, rígida. En el pueblo no había médico, i todos la creyeron muerta de algún extraño mal. La velaron hasta el otro día, hasta la otra mañana; al fin, resolvieron enterrarla.

VI

Era media noche; la media Luna, entre nubes, apenas diluía una tenue luz sobre las losas i las cruces. Len-

TANTEANDO



Ella.—Tienes mucha carne, sí; pero la tienes poco dura.

Biblioteca Regional de Madrid eres muy exigente.

tos se movían los cipreses, i el fulgor de una que otra luciérnaga alternaba con la pálida llama de uno que otro fuego fatuo entre las grietas de las tumbas... Una figura avanzó con paso firme, recto, a un sepulcro recién cavado. Al hombro, una hoz; a la mano, una linterna sorda. Se inclinó. Un delgado haz de luz brotó cerca del suelo; el fantasma requirió la hoz, i se puso a cavar con calma. Pronto se oyó el choque del hierro contra las tablas del ataúd. Se inclinó más el fantasma. Rodilla en tierra, metió la mano en la zanja, sacando del fondo el ataúd i descuajándole luego la tapa

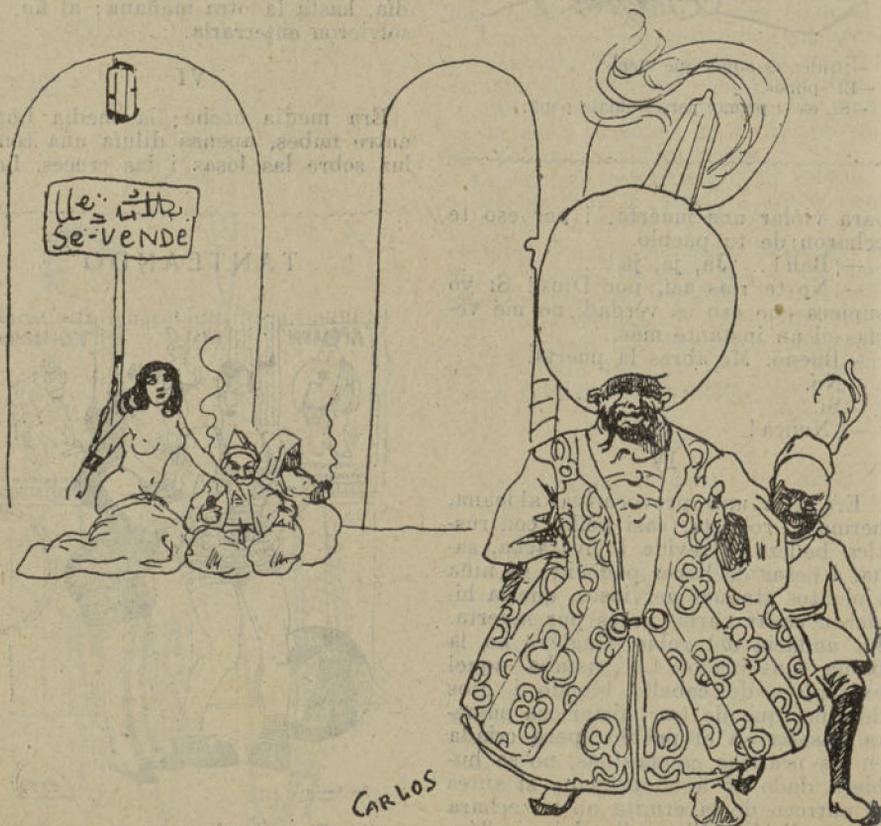
de un solo golpe de hoz. Era una muerta lo que estaba dentro. El fantasma la sacó i la desnudó. Era hermosa, mui hermosa. El fantasma la besó, i, luego, sobre la hierba, se confundió con ella en un abrazo...

La muerta suspiró penosamente, toda estremecida en un espasmo; los brazos se alzaron i estrecharon al fantasma, que dió un grito i quiso desasirse; pero ella le retuvo i le devolvió sus besos, preguntándole:

—¿Dónde estamos?... ¡Ah!... ¡Perverso, al fin me venciste!...

ENRIQUE LOPEZ BUSTAMANTE.

ENTRE ESCLAVOS



—¡Se van sin libertar al!

—¡Bah! No te apures. A *Bijoneta* Reginaldo el *Activo* y la cadena...

—Sobre todo, la cadena, porque el *Letrero* me va a seguir haciendo falta.

CARTAS PARA ELLA

INOLVIDABLE Esther: Te escribo estas líneas abrumado por una pena muy grande. Tu triunfo de esta noche ha sido para mí como la acerada punta de un estilete que escarbaba en mi corazón. Cada vez que, obligada por la clamorosa ovación recibida, tuviste que volver á escena, me pareció verte más lejos de mí. Y cuando el público, fatigado ya de batir palmas, ha restado silencioso y te ha visto des-

LAS CONQUISTADORAS



—«En moviendo el rabillo del ojo los tengo a docenas.» ¡Cierto que hay que ver cómo les muevo yo el rabillo!...

aparecer entre bastidores, te he considerado perdida para siempre...

Ya eres «artista», Esther, y han conseguido los tuyos verte triunfado-

ra en las tablas, dominando á una multitud que, entusiasmada, no ha cesado de aclamarte. Era el sueño de los tuyos, un sueño mantenido y alentado durante muchísimo tiempo, y que

FATALIDAD



—Te juro, Pepe, que las apariencias te en-
gañan.

—¿También las apariencias?...

tú no quisiste desvanecer. ¡Siempre te fué muy agradable oír las lisonjas que dirigían á la futura «estrella» los que, poco á poco, te han arrastrado á ese oficio que tantos equivocados llaman arte! Y en un momento he visto deslizarse por mi amargada imaginación toda la agitación de tu vida futura. Y te he admirado ricamente enojada, radiante de satisfacción y e-
llezza, en medio de una corte de falsos adoradores que se han disputado el orgullo—no la ventura—de poseerte, para propagar mañana, jactanciosos, el triunfo de una nueva conquista, conseguida solamente por el fascinador acitate de un billete de Banco.

«Quiero ser artista, y seré honrada!», me dijiste estos últimos días. ¡Desgraciada! Caerás como cayeron todas. No te faltará quien te acéche para arrancar la pureza de tu cuerpo, y quien te acéche para arrancar la candidez de tu alma. En el charco fangoso en que

TODO ES POESÍA



—También yo soy aficionada á las letras, ¿sabes? Pero á las otras: á esas que se cobran.

te hundes no podrás permanecer inmaculada mucho tiempo: pronto te mancharán las salpicaduras del ceno. Tu honradez será puesta en entredicho antes de que la pierdas. Nadie buscará en ti sentimientos: buscarán placeres. Y por muy fuerte que quieras ser, tus fuerzas se debilitarán rápidamente. Porque verás triunfar á tus compañeras de teatro en ese ambiente de perversión. Y como tu virtud será un estorbo en tu carrera y nadie creará en ella, la otorgarás, al fin, al mejor postor que se presente. Y si por casualidad todavía algún hombre sincero osara ofrecerte como único don el tesoro inapreciable de su cariño y su vida, le crearás un mentecato, un romántico, un infeliz, y te reirás de él. Los destellos del oro entran más pronto por los ojos, y más pronto los ciegan también. Los sentimientos del corazón tienen que verse con los ojos del alma para que deslumbren, y tú no verás por ellos porque te los han cerrado para siempre.

Un amigo mío que pertenecía al Real de Madrid

noche cerca de mí, involuntariamente ha herido mi amor propio con un comentario. Te ha visto salir á escena y te ha reconocido. Y me ha preguntado con extrañeza:

—¿Cómo! ¿Tu novia aquí?

¡Mi novia! ¡Qué sarcasmo! ¡Tú, mi novia? ¡Verdad que ya no lo eres! Aquello ya acabó... Una mujer como tú no puede ser la novia de un hombre honrado... ni la esposa...; lo que puede ser, únicamente tiene un nombre: tú lo sabes.

¡Adiós, Esther! No quiero molestarte más con esta carta, que para ti será una ridícula reconvencción. Ya sé que todavía es pronto para que puedas salvarte. Todavía tienes tiempo á volver sobre el camino andado y recluirtte nuevamente en la modestia de tu casa artesana. Pero estás predestinada. Desgraciadamente, son más los que empujan hacia adelante, sin saber, quizá, adónde te llevan, que los que con toda su alma anhelan que hagas un alto en ese camino y elijas entre las dos fortunas que hoy todavía tienes en tus manos: la del lujo y el dinero, que insensibilizarán todos los sentimientos de tu alma, ó la de tu virtud—irreparable una vez perdida—, que tendrás que dejarte á las puertas del teatro para ser eso...; para ser ¡artista!...

ADOLFO LLUCH.

DE LA VIDA

TINO.



—¿Y por poner este farolito vende usted hasta la última castaña? Pues yo me voy á colgar á ver si puedo vender la primera...

¡POBRECITOS HOMBRES!

CUANDO llegué al *chiquero público* de la Puerta del Sol, á imitación de todos los ciudadanos que poseen cinco pesetas en forma de *cronómetro*, vamos al decir, lo primero que hice fué poner con el de Gobernación, sin dejarlo allí, ¡claro está!, mi *monoplano*, nombre con que distingue la chica de mi portera al reloj de bolsillo que un servidor usa por necesidad... y porque no lo admiten en las casas de préstamos, á pesar de ser muy *mono* y muy plano, cualidades que, sin duda, sirvieron de pretexto á la descendiente cancheril para llamarlo como lo llama.

Entre *el de la bola* y el mío había una diferencia casi insignificante. Aquél marcaba las seis y cinco. Este bordaba las cinco y seis.

¡Que desesperación! Ya era tarde.

La función habría comenzado, de seguro. Iba á quedarme sin ver al inmenso Vilches en su prodigiosa creación de «El amigo Teddy». ¡Eso sí que no!

Pensé en tomar un carruaje alquilón, para lo cual me dirigí al punto más inmediato.

No pude lograr mi deseo.

Los coches, como los relojes, pocas veces se encuentran en punto.

—Apelaré al económico tranvía—me dije.

Afortunadamente, tuve la precaución de sacudirme los bolsillos antes de montar.

¡Cruel decepción! ¡Tarea inútil!

No sonaba ni un cuarto siquiera.

A poco, sonó un cuarto.

Era en el reloj de Gobernación.

Emprendí veloz la marcha hacia la calle del Barquillo.

Ya en el «Infanta Isabel», me asomé á la sala. Su aspecto era brillante, y no de boro.

¡Cómo abundaban los bustos femeninos de belleza admirable!

Transcurría un entreacto; circunstancia que aproveché para huir de aquel lugar, donde indudablemente existía una gran exposición.

La exposición de Alfonso ó cualquier otro fotógrafo de buen gusto.

Al entrar en el escenario, mis pupilas sufrieron una dilatación de asombro, y de mis labios escapóse una exclamación admirativa.

¿Qué había en él? Un manojo de caras

VIVIR PARA VER



—Efectivamente: yo quería una modelo de medio cuerpo; pero me he explicado mal.

—¡Vamos, sí! Que encontró usted un medio para examinarme, y ahora trata usted de buscar otro medio...

que, aun pidiendo por ellas un mundo, resultaban baratas.

Presidíanlo dos mujeres encantadoras: Irene López de Heredia y Elvira Vilanova.

Ellas me presentaron á las demás compañeras de arte.

Tras el consabido apretón de manos, vino la animada conversación.

Debo confesar que yo no acerté á decirles mas que las cuatro tonterías que se les ocurren á casi todos los hombres cuando se hallan en presencia de esos ángeles que á Dios le vuelven loco.

Si deliciosamente bellas estaban Irene y Elvira, las otras no lo estaban menos.

—¿Conque usted es autor?—me preguntó una morena incandescente.

—Sí.

—A ver si trae usted aquí algo para que trabajemos nosotras.

—Eso sí que no.

—¿Por qué?—me interroga una rubia ideal.

—Porque eso—contesto yo—sería obligarles á hacer una mala obra. Y ustedes no tienen cara de ello.

—¡Ay! Muchas gracias.

—Las que ustedes tienen.

Para remediar esta cursilería irremediable, cambio el tema de la conversación.

—A propósito. Ya que ustedes son tan amables como hechiceras (¡qué rabial: ¡cursi también!), voy á pedirles un favor.

—Usted dirá.

—Me encuentro en un grave apuro.

—¿Sí?—exclaman todas, rodeándome con curiosidad—. ¿Cuál es?

—Estoy escribiendo un drama policia- co en el que ya van muertos catorce hom- bres; y al décimoquinto, que también ha de morir, no sé cómo quitarle de en medio. Ustedes, ¿cómo le matarían?

—Yo le haría picadillo—dice una.

—Yo—responde la morena ardiente— le mataría de amor.

—Yo, con morfina—añade la rubia de ojos soñadores.

—¿Y tú?—pregunto á la encantadora Irene.

—Yo—me contesta dando un suspiro muy hondo—le dejaría vivir.

—¡Qué tonta!—exclaman todas á coro,

FALTA DE LÓGICA



—Mira, papá, esto es lo que yo no entiendo: ... La candela tenía la luz encendida. Algo malo tramaba... Sin embargo, yo sé que las cosas malas se hacen precisamente á obscuras.

RESPUESTA PAGADA



—Pero, bueno: ¿a tu señorita le gustan los
hombres viejos, ó jóvenes?

—Le gustan... como á mí.

llenas de indignación—. ¡Eso no puede
ser! ¡Hay que matarle! ¡Hay que matarle!

—¡Pobre hombre! ¿Por qué?

—Porque se lo merece. Será muy
malo.

—¿Vosotras qué sabéis?

—Todos son lo mismo.

—¿Y todos deben morir?

—¡Sí! ¡Sí!

Tan cruel unanimidad de pareceres
en el sexo bello, me hace estremecer.

¡Pobrecitos hombres!

Si para muestra basta un botón, y éste,
aunque pequeño, da una ligera idea del
resto de la botonadura, ¿qué papel des-
empeñamos en el Mundo los mortales
que tenemos la desgracia de vestir por
los pies?

En esta larga reflexión me encontraba
aún cuando terminó el espectáculo.

Y calculen ustedes cuál no sería mi
asombro cuando, al salir, vi que *jellás!*,
las terribles exterminadoras del hombre,
corrían presurosas para unirse á sus res-
pectivos *alanes*, que, impacientes, aguar-
daban á la puerta del teatro.

¡Ah, hipócritas! Ellas sí que todas,
¡todas son lo mismo!

Claro que, por fortuna, hay excepcio-

nes que piensan de otro modo. Irene,
por ejemplo.

¡Pero son tan pocas! ¡Pobrecitos hom-
bres!

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

Lili se baña

Parece, con su rubia cabellera,
Lili, desnuda nasta los breves pies,
una Venus moderna que surgiera
del minúsculo mar de un «tub» inglés.

Con la esponja empapada se regala,
el gesto laso y perezoso el brio,
sintiendo con el beso que resala
un delicioso y largo escalofrío.

Se afilan los senitos al contacto
del agua, perfumada con jazmín.
¡Oh, senos dignos al perverso tacto
del cínico marqués de Bradomin!

La mano, que el jabón pobló de nie-
[ve,
va llenando de espuma temblorosa,
ya el huequecito de la axila leve,
ya la cadera suavemente rosa.

Y el divino camino enjabonando
á un íntimo rincón la mano llega,
en donde para extática, quedando
en la actitud de una escultura griega.

Y luego, sonriendo levemente,
dejando que la duda se deslice,
á flor de labio, ha dicho ingenuamente:
¿Será verdad lo que mi primo dice?...

JUAN SPOTTORNO Y TOPETE.

FOTO

grafías artísticas del natural. Catá-
logo detallado, 30 céntimos sellos
de correo; con varias muestras
surtidas, 4 pesetas, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerin

encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, cuatro ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitido en sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y correspondientes de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

Biblioteca Regional de Madrid

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid